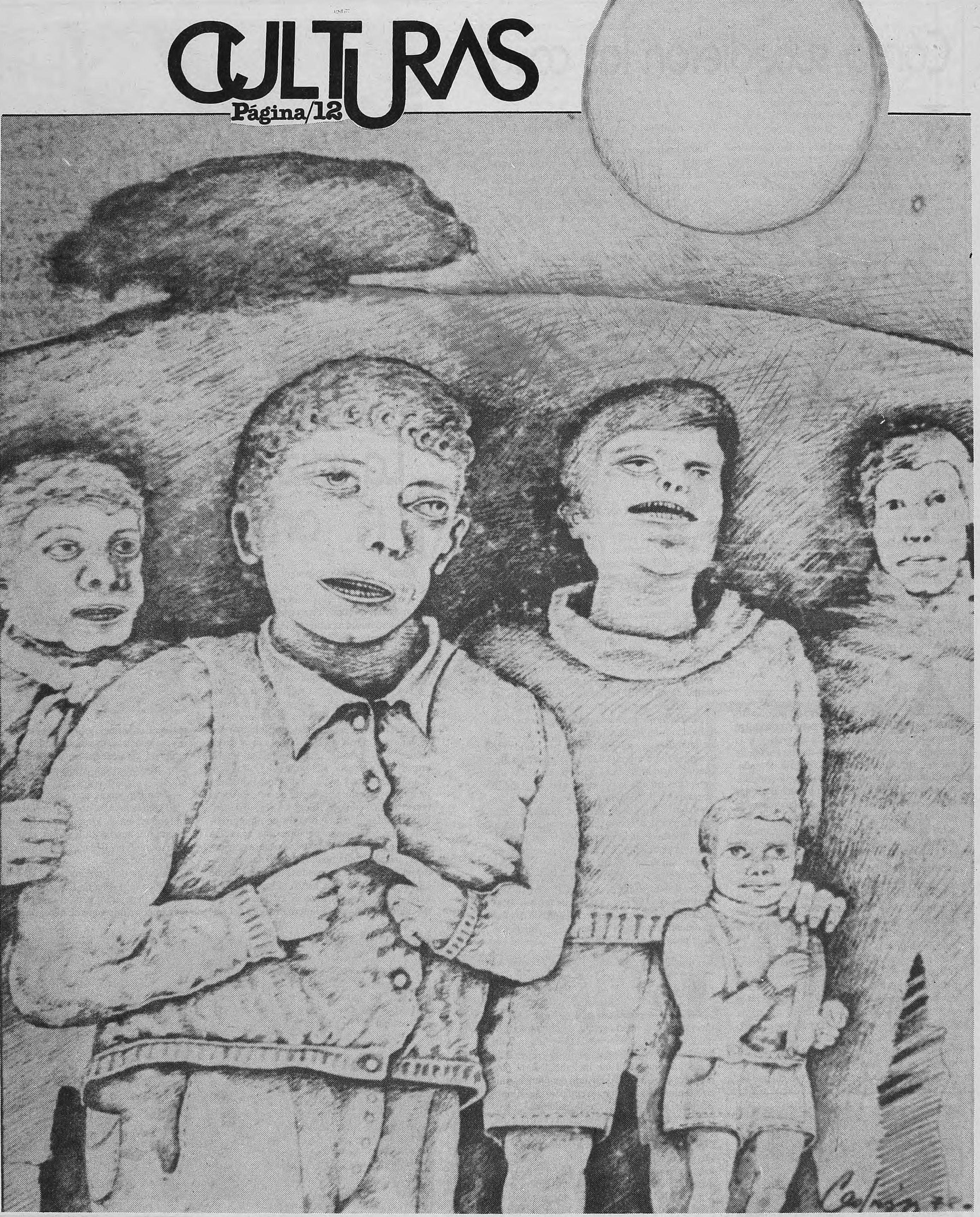
CULTURAS
Página/12



Julio Cortázar / Alberto Cedrón

La raíz del ombú

La vigencia de Alberto Cedrón se puede medir, después de muchos años en los que el artista no estuvo en el país, en la muestra que se despliega en estos días en la Galería Alberto Elía, de Azcuénaga 1739. La vigencia de Julio Cortázar vuelve a quedar fija en el texto de este libro —La raíz del ombú— dibujado por Cedrón, escrito en 1979, y publicado en Venezuela, que **Página/12** edita en exclusividad para la Argentina. Se incluye el prólogo escrito por Julio Cortázar.

Cómo sucedieron las cosas

Lo más mejor, como dicen los chicos, será contar cómo sucedieron las cosas en torno a esta historia, que desgraciadamente no es para chicos a pesar de las figuras y de los globitos. La llamo historia e incluso podría escribir la palabra con mayúscula, puesto que en ella lo imaginario es apenas un sostén o punto de arranque para lo otro, la realidad de la Argentina en las últimas décadas. Y si a esta clase de obras gráficas se les llama habitualmente tiras cómicas, mejor será decir que aquí las máscaras son trágicas y que esta obra de Alberto Cedrón no se basa esencialmente en el juego o en la fantasía; partiendo de sí mismo como figura central del relato, las otras imágenes surgen de los recuerdos y las evocaciones, del horror y la esperanza; crónica de una visión argentina, quiero decir una visión actual del infierno.

Las cosas sucedieron así: Alberto Cedrón vino desde Roma a París con su carpeta de dibujos y me pidió que lo ayudara, incorporando textos y diálogos, a convertir esto en un libro. Aparte de la fuerza irresistible que lo había obligado a trabajar durante muchos meses para convertir en figuras la marea de los recuerdos y las obsesiones, todo el resto era confuso; esas figuras partían en secuencias bruscamente interrumpidas, la alucinación se mezclaba con la memoria en una saga aparentemente inconexa y divagante. Mostrándome página a página su trabajo, Alberto habló confusamente de los puentes mentales que podían unir las diferentes partes; supe que esperaba de mí como un orden, una coherencia.

Acepté ayudarlo, porque sus dibujos me tocaban muy de cerca; cuando se fue y me vi solo frente a la carpeta y a la máquina de escribir, tardé en darme cuenta de que mi primera tentativa no serviría de nada. Los dos habíamos pensado que la tarea consistiría en barajar de otra manera muchas de las secuencias gráficas, racionalizar algo que había nacido como nacen los gestos, los gritos, los actos de amor. Frente al caos aparente comencé a establecer diferentes combinaciones; entonces, sin previo aviso, me sentí bruscamente expulsado de las imágenes, me vi como un intruso en un territorio que pocas horas antes me había recibido sin esfuerzo. Recordaba fragmentos de lo mucho que Alberto me había dicho mientas iba pasando las páginas de su carpeta; desde la niebla volvían a surgir el follaje de un ombú, el barrio porteño de la infancia de los hermanos Cedrón, la adolescencia frente a la doble revelación de la historia por la parda interrupción de la tiranía con tanques y con botas. Sentí que me internaba por un falso camino si aceptaba lo que Alberto me había pedido desde su propio desconcierto: un mero montaje, una puesta en orden de tantas cosas que él había volcado en sus dibujos. Lo llamé a Roma y le pedí que volviera y que esta vez, frente a cada lámina, me contara todo lo que las había hecho nacer. A lo ancho de una mañana con no pocos tragos grabamos algo que ahora sí era el camino, y yo supe por fin que mi tarea consistía tan sólo en concretar tipográficamente ese ir y venir de los recuerdos.

La falsa modestia no es mi fuerte; creo haberle dado una buena mano a Alberto Cedrón, potenciando virtualidades, uniendo lazos de difícil enlace, armando mejor el mosaico y el mensaje. Pero muchas de las cosas que él me contó nacían al margen de las figuras, aunque a la vez constituyeran su invisible razón de ser. Las más significativas las resumo aquí, para que el espectador de lo que sigue se interne en un terreno más accesible. De tanto en tanto tuve que tender otros puentes verbales, y con eso termina el trabajo puesto que los dibujos hablan mucho más y mejor que las leyendas.

Cerca de la casa de la infancia de los Cedrón había un enorme y vetusto ombú, y su imagen tan simbólica para los argentinos es el eje de tormenta en torno al cual giraran los acontecimientos de este libro. Ya se verá por qué; aquí digo solamente que muchos años después de la extraña expedición emprendida por algunos pibes porteños, Alberto Cedrón leyó *Adán Buenosayres*, la admirable novela de Leopoldo Marechal, y con algo parecido al pavor creyó reconocer allí el mismo ombú de su infancia. Cuando le fue dado interrogar a Marechal, la respuesta confirmó lo que él ya sabía más allá de toda razón: se trataba del mismo ombú en el barrio suburbano de Saavedra, el ombú a cuyo pie los pintorescos personajes de *Adán Buenosayres* habían descubierto un túnel y bajado a la oscura ciudad infernal de Cacodelphia. Bruscamente la ficción y la realidad se fusionaban en algo que sólo los imbéciles llamarían casualidad; tampoco fue casual que hace apenas un año la primera mujer de Alberto encontrara y le enviara desde Argentina un viejísimo ejemplar de *Billiken*, la revista para niños que todos leímos y amamos alguna vez, y que Alberto se diera cuenta de que ese número se había publicado dos o tres días antes de la expedición de los chicos al ombú de Saavedra que habría de repetir la de los personajes imaginarios de la novela de Marechal. Así, tantos años después, un nuevo signo de lo inexplicable se mostraba con una fuerza capaz de desatar inconteniblemente la marea de las imágenes cuyo término es este libro.

El personaje que narra la historia y a la vez habita en sus rectángulos coloreados es y no es Alberto Cedrón; así lo sentí mientras él me explicaba sus figuras, a pesar de que su destino final me incitaba a darle otro nombre. Sin embargo, cuando encontré el único camino posible para ayudarlo –la simple fidelidad a sus dibujos y a sus palabras–, comprendí que la identificación era necesaria y que él la comprendería. En la Argentina de nuestros días se encuentra o se evade la muerte por razones muchas veces fortuitas; ser asesinado o lograr una plaza en un avión depende cada día de arbitrariedades, errores, coincidencias y azares. Alberto Cedrón está afortunadamente vivo, pero igualmente podría haber muerto en uno de los tantos juegos de circo desatados por los que él llama los hombres-larvas. En todo caso mi visión no podía ser otra, y él lo sabe mejor que yo puesto que nadie se retrató más claramente que él en la figura central de su relato.

Sólo me queda una cosa por decir. Alberto y yo la decimos juntos: Este libro no nació de un optimismo ingenuo, pero el solo hecho de haberlo creado muestra que esa esperanza es la contrafigura del ombú, su lado de brisa y de follaje, su gran sombra apacible mostrándonos un futuro en el que jamás dejaremos de creer.

Julio Cortázar





Puede quedarse aquí, amigo

La raíz del ombú

Un auto, lo mismo que un país, puede echarse a perder en cualquier momento. El campo argentino no tiene límites, y un auto roto en un camino se convierte en muy poca cosa. Su pasajero busca auxilio en plena noche. Verá una casa entre los árboles, verá un hombre tomando mate.

–Puede quedarse aquí, amigo. Mañana iremos al pueblo para arreglar su asunto.

–No pensé que la cosa estaba aquí al lado.

–Sí. Justamente ahí vuelven de la pesca.

La noche es larga. Alberto, el solitario de la casa en el bosque, se alegra de poder hablar con su huésped. Poco a poco empiezan a surgir recuerdos del pasado, imágenes lejanas que se cruzan y se mezclan. El hombre del auto escucha atentamente y ayuda con alguna que otra pregunta. Alberto se acuerda de su casa en el barrio de Saavedra, en Buenos Aires; lo describe con tanta minucia, con ojos de niño próximos a las cosas, con palabras que acarician cada imagen. Y llevado por esa oscura corriente del pasado, lentamente, casi sin darse cuenta, habla de sus antepasados, del abuelo que alguna vez contó a sus nietos la miseria alucinante de su propia infancia en Italia. Todo desfila como una vieja linterna mágica: el trabajo esclavizante, su propio destino en una villa de ricos donde sus habilidades lo convierten en una especie de bufón para las fiestas. Y a veces…

–¡Papá, Giovanni se robó una naranja en la cocina!

Y cosas que en aquel entonces se documentaban para solaz del público: uno de los hijos del propietario aparece ahorcado misteriosamente en un armario.

En la memoria de Alberto se mezclan las crónicas de la familia con sus propios recuerdos. Quizás está hablando de él mismo cuando imagina a uno de sus tíos abuelos perseguidos en Italia. Todas las épocas se confunden porque el destino de los hombres parece siempre el mismo. ¿Por qué su abuelo y sus hijos debieron rendir cuentas ante la justicia que defendía a los privilegiados? Alberto ha escuchado historias terribles que acaso son capítulos de folletines leídos en la infancia o pesadillas que reflejan la realidad, cicatrices de la subconciencia. Crímenes, sentencias, ejecuciones… Un día el abuelo emigrará para escapar al infierno europeo. Y otro infierno estará esperando la hora de sus hijos.

–Ciao bambino.

El abuelo de Alberto viajó con centenares de emigrantes en el *Principessa Mafalda* que se incendió y hundió en los años veinte. A él le tocó sobrevivir y llegar a la Argentina, empezar una vida errante.

La casita del hornero/ tiene alcoba y tiene sala, dice el poema de Leopoldo Lugones. El hornero tiene nido, pero el inmigrante recorre los campos pampeanos en busca de trabajo para levantar él también un techo que lo abrigue en esa soledad de espigas ajenas y de horizontes desnudos.

Un día encontrará trabajo como estibador, y hará venir a su novia desde Italia. Fundará una familia, el hornero tendrá por fin su nido en el barrio de Saavedra, y allí nacerá el padre de Alberto, allí nacerán él y sus hermanos.

–Me acuerdo tanto de la casa –le cuenta Alberto al huésped–. Mi abuelo alquilaba habitaciones a los provincianos que bajaban a Buenos Aires en busca de trabajo. Aquí vivía una correntina, en esta otra pieza una catamarqueña… Mirá, había un patio, claro, ahí jugábamos los chicos, se hacían fiestas, se tocaba el bandoneón. Yo crecí en la pieza de adelante con mis hermanos, me acuerdo que Juan le tenía un miedo bárbaro a los gatos.

–¿A los gatos? –dice el hombre del automóvil.

–Sí, fijáte que la casa estaba separada del suelo para que no hubiera tanta humedad, pero los pisos se iban rompiendo y los gatos se metían abajo, los gatitos crecían en la oscuridad y se ponían salvajes. A veces alguno salía y se trepaba a un armario o a una cama, y Juan se moría de miedo porque bufaban y sacaban las uñas. En esa casa pasaba de todo, había una correntina casada y con tres hijos, el cartero del barrio era su amante y cuando los chicos lo veíamos venir le cantábamos ese tango de Magaldi, ¿te acordás? Le cambiábamos la letra y le cantábamos: ''Cartero suba y dígale a esa ingrata/ que aquí la espero, que no me voy…'' Después nos tocó a nosotros empezar a enamorarnos, había una catamarqueña que tenía cuatro hijas, y Juan y yo tuvimos nuestra primera experiencia con la más chica, ella andaría por los doce años y nosotros un poco menos…

–Se crecía rápido en tu casa –dice el del automóvil.

–Como casi siempre entre los pobres –nos dice Alberto–. Y todo cambió también muy rápido. Un día yo estaba en casa de mi tía, que vivía cerca, y en eso empezaron los tiros por todos lados. Era el 4 de junio del año 43, el golpe militar del general Rawson. Tiraban contra la Escuela de Mecánicos de la Armada, y al rato había muertos y sangre por todos lados, un chofer de colectivo sin cabeza, una confusión terrible. Mi mamá mandó un muchacho a lo de mi tía para que no me dejara salir, pero entre que el muchacho era tartamudo y había una de tiros que para qué te cuento, mi tía no entendió y me dejó ir. Entonces, yo me escondí en el ombú.

–¿Qué ombú?

–Ah, ya vas a ver. Pero antes dejáme que te cuente de mi viejo.

Muchas cosas hizo el padre de Alberto, entre otras la de ser piloto profesional de carreras. Cuando corría en las provincias llevaba con él a toda la familia, la instalaba en una pensión y salía a ganarse unos pesos en competencia. Más tarde consiguió un trabajo fijo en Buenos Aires, los chicos fueron a la escuela, cayó la bomba atómica sobre Hiroshima.

– Los chicos queríamos saber qué era eso de la bomba de Hiroshima. Mi viejo solamente tenía el sexto grado, pero era un loco lindo y nos explicaba lo de la materia y los átomos, nos hablaba de un macro y un microcosmos, y decía que según la teoría de la relatividad, así como además de la Tierra había planetas y estrellas, también en la materia había astros, y en una de esas nuestro planeta no era más que un átomo en la mugre de la uña de un gigante, cosas así, te das cuenta. El viejo nos enloquecía con esas explicaciones, nos hacía sentir el misterio, y por eso el ombú…

–¿Otra vez el ombú?

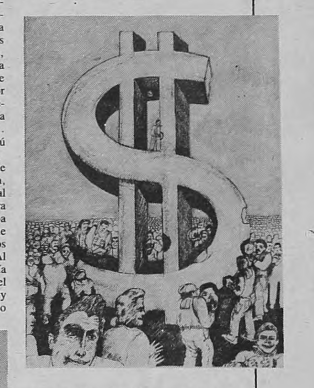
– Sí, el ombú y la casa. El ombú estaba en el deslinde de la Capital y la provincia, entre Saavedra y Vicente López. A partir del ombú se veían las grandes mansiones de los ricos, que nosotros los pibes pobres mirábamos desde lejos. Veíamos a los sirvientes, a los hijos de los bacanes andando en bicicleta por los parques, los mirábamos de lejos. Pero un día nos acercamos.

Desde la zona del ombú lindero, los chicos se acercan una noche a la ''casa de Ugues''. Tienen miedo porque los jardines les dan la impresión de albergar a la muerte, no saben por qué, pero tienen miedo. Saben que hay allí perros de policía, y han oído a los hijos de la familia que hablan de ellos, los pibes de Saavedra, como de ''los negros de mierda''.

– No sabíamos lo que pasaba en la casa pero nos imaginábamos a las tres hijas de los dueños, yo las veía a las tres iguales y me daban miedo, eran tan distintas a nosotros. Nos hubiera gustado poder entrar pero a la vez nos moríamos de susto, imaginarse lo de adentro era como una pesadilla, la cara del dueño, las tres hijas, los perros… Nos parecía ver a la madre, que se pasaba el día en la iglesia pero trataba a los latigazos a las sirvientitas, lo sabíamos. De las hijas se decía que ''salían de noche'', y por eso para nosotros eran como vampiros, les teníamos un miedo terrible, donde se mezclaba algo como deseo, verlas desnudas, qué sé yo…

"Fue así como nos fuimos acercando al ombú aunque le tuviéramos terror a toda esa zona.

"La cosa empezó porque los pibes decían que en el ombú había un cóndor. La gente se reía, claro, pero ellos dale con el cóndor. Al final resultó que no estaban tan equivocados: no era un cóndor, sino un chajá, pero igual resultaba extraño en las puertas de la Capital. Una noche decidimos buscar el cóndor, yo le robé unos pesos a mi abuela y compramos una linterna. Al llegar vimos que alrededor del tronco había ladrillos, porque el ombú estaba al final del patio de una casa muy grande y de paredes muy espesas. Uno de los ladrillos estaba suelto; lo sacamos y vimos un túnel que parecía muy hondo. Era muy angosto y por eso mandamos al más chiquito adelante y otros dos lo siguieron con la linterna. Yo no sé lo que vio el pibe, volvieron y salieron como locos y muertos de miedo, y el más chico dijo que había visto el infierno. Te imaginás cómo salimos rajando. Tres días antes habíamos visto al colectivero sin cabeza y ahora esto…



"Pero mirá cómo son las cosas, el más chiquito decía que había visto un lago, hablaba de diablos que pasaban en barcas… ¿Y vos sabés cómo acabó ese pibe cuando creció y empezó a militar? Lo torturaron hasta matarlo en la Escuela de Mecánicos de la Armada, que estaba justo enfrente del campo del ombú. Con pocos años de diferencia, el pobre vio dos veces el mismo infierno, y además Leopoldo Marechal también lo vio en el mismo sitio…

Yo los llamo los hombres-larvas. Militares o civiles, juntan sus fuerzas para defender los privilegios de casta y de fortuna. Golpes de estado, represiones salvajes, todo se va a suceder ahora a un ritmo infernal.

Ciao, bambino

Cómo sucedieron las cosas

Lo más mejor, como dicen los chicos, será contar cómo sucedieron las cosas en torno a esta historia, que desgraciadamente no es para chicos a pesar de las figuras y de los globitos. La llamo historia e incluso podría escribir la palabra con mayúscula, puesto que en ella lo imaginario es apenas un sostén o punto de arranque para lo otro, la realidad de la Argentina en las últimas décadas. Y si a esta clase de obras gráficas se les llama habitualmente tiras cómicas, mejor será decir que aquí las máscaras son trágicas y que esta obra de Alberto Cedrón no se basa esencialmente en el juego o en la fantasía; partiendo de sí mismo como figura central del relato, las otras imágenes surgen de los recuerdos y las evocaciones, del horror y la esperanza; crónica de una visión argentina, quiero decir una visión actual del infierno.

Las cosas sucedieron así: Alberto Cedrón vino desde Roma a París con su carpeta de dibujos y me pidió que lo ayudara, incorporando textos y diálogos, a convertir esto en un libro. Aparte de la fuerza irresistible que lo había obligado a trabajar durante muchos meses para convertir en figuras la marea de los recuerdos y las obsesiones, todo el resto era confuso; esas figuras partían en secuencias bruscamente interrumpidas, la alucinación se mezclaba con la memoria en una saga aparentemente inconexa y divagante. Mostrándome página a página su trabajo, Alberto habló confusamente de los puentes mentales que podían unir las diferentes partes; supe que esperaba de mí como un orden, una coherencia.

Acepté ayudarlo, porque sus dibujos me tocaban muy de cerca; cuando se fue y me vi solo frente a la carpeta y a la máquina de escribir, tardé en darme cuenta de que mi primera tentativa no serviría de nada. Los dos habíamos pensado que la tarea consistiría en barajar de otra manera muchas de las secuencias gráficas, racionalizar algo que había nacido como nacen los gestos, los gritos, los actos de amor. Frente al caos aparente comencé a establecer diferentes combinaciones; entonces, sin previo aviso, me sentí bruscamente expulsado de las imágenes, me vi como un intruso en un territorio que pocas horas antes me había recibido sin esfuerzo. Recordaba fragmentos de lo mucho que Alberto me había dicho mientas iba pasando las páginas de su carpeta; desde la niebla volvían a surgir el follaje de un ombú, el barrio porteño de la infancia de los hermanos Cedrón, la adolescencia frente a la doble revelación de la historia por la parda interrupción de la tiranía con tanques y con botas. Sentí que me internaba por un falso camino si aceptaba lo que Alberto me había pedido desde su propio desconcierto: un mero montaje, una puesta en orden de tantas cosas que él había volcado en sus dibujos. Lo llamé a Roma y le pedí que volviera y que esta vez, frente a cada lámina, me contara todo lo que las había hecho nacer. A lo ancho de una mañana con no pocos tragos grabamos algo que ahora sí era el camino, y yo supe por fin que mi tarea consistía tan sólo en concretar tipográficamente ese ir y venir de los recuerdos.

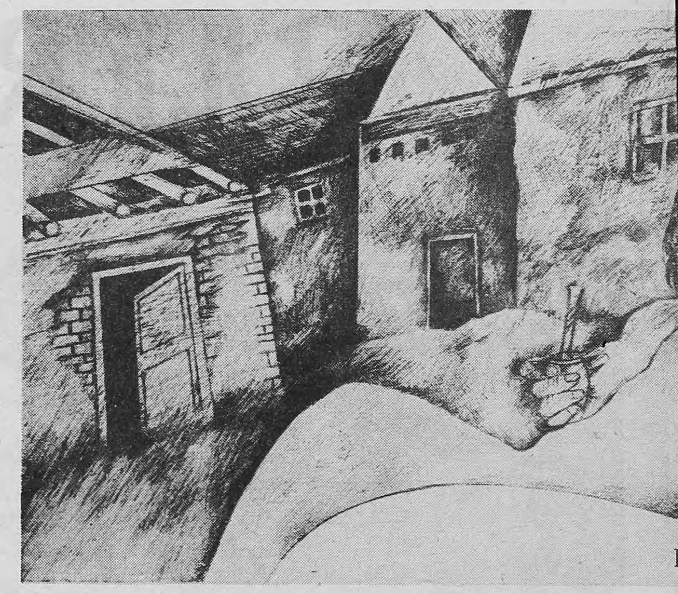
La falsa modestia no es mi fuerte; creo haberle dado una buena mano a Alberto Cedrón, potenciando virtualidades, uniendo lazos de difícil enlace, armando mejor el mosaico y el mensaje. Pero muchas de las cosas que él me contó nacían al margen de las figuras, aunque a la vez constituyeran su invisible razón de ser. Las más significativas las resumo aquí, para que el espectador de lo que sigue se interne en un terreno más accesible. De tanto en tanto tuve que tender otros puentes verbales, y con eso termina el trabajo puesto que los dibujos hablan mucho más y mejor que las leyendas.

Cerca de la casa de la infancia de los Cedrón había un enorme y vetusto ombú, y su imagen tan simbólica para los argentinos es el eje de tormenta en torno al cual giraran los acontecimientos de este libro. Ya se verá por qué; aquí digo solamente que muchos años después de la extraña expedición emprendida por algunos pibes porteños, Alberto Cedrón leyó *Adán Buenosayres*, la admirable novela de Leopoldo Marechal, y con algo parecido al pavor creyó reconocer allí el mismo ombú de su infancia. Cuando le fue dado interrogar a Marechal, la respuesta confirmó lo que él ya sabía más allá de toda razón: se trataba del mismo ombú en el barrio suburbano de Saavedra, el ombú a cuyo pie los pintorescos personajes de *Adán Buenosayres* habían descubierto un túnel y bajado a la oscura ciudad infernal de Cacodelphia. Bruscamente la ficción y la realidad se fusionaban en algo que sólo los imbéciles llamarían casualidad; tampoco fue casual que hace apenas un año la primera mujer de Alberto encontrara y le enviara desde Argentina un viejísimo ejemplar de *Billiken*, la revista para niños que todos leímos y amamos alguna vez, y que Alberto se diera cuenta de que ese número se había publicado dos o tres días antes de la expedición de los chicos al ombú de Saavedra que habría de repetir la de los personajes imaginarios de la novela de Marechal. Así, tantos años después, un nuevo signo de lo inexplicable se mostraba con una fuerza capaz de desatar incontenibleme la marea de las imágenes cuyo término es este libro.

El personaje que narra la historia y a la vez habita en sus rectángulos coloreados es y no es Alberto Cedrón; así lo sentí mientras él me explicaba sus figuras, a pesar de que su destino final me incitaba a darle otro nombre. Sin embargo, cuando encontré el único camino posible para ayudarlo –la simple fidelidad a sus dibujos y a sus palabras–, comprendí que la identificación era necesaria y que él la comprendería. En la Argentina de nuestros días se encuentra o se evade la muerte por razones muchas veces fortuitas; ser asesinado o lograr una plaza en un avión depende cada día de arbitrariedades, errores, coincidencias y azares. Alberto Cedrón está afortunadamente vivo, pero igualmente podría haber muerto en uno de los tantos juegos de circo desatados por los que él llama los hombres-larvas. En todo caso mi visión no podía ser otra, y él lo sabe mejor que yo puesto que nadie se retrató más claramente que él en la figura central de su relato.

Sólo me queda una cosa por decir. Alberto y yo la decimos juntos: Este libro no nació de un optimismo ingenuo, pero el solo hecho de haberlo creado muestra que esa esperanza es la contrafigura del ombú, su lado de brisa y de follaje, su gran sombra apacible mostrándonos un futuro en el que jamás dejaremos de creer.

Julio Cortázar



La raíz del ombú

Un auto, lo mismo que un país, puede echarse a perder en cualquier momento. El campo argentino no tiene límites, y un auto roto en un camino se convierte en muy poca cosa. Su pasajero busca auxilio en plena noche. Verá una casa entre los árboles, verá un hombre tomando mate.

–Puede quedarse aquí, amigo. Mañana iremos al pueblo para arreglar su asunto.

–No pensé que la cosa estaba aquí al lado.

–Sí. Justamente ahí vuelven de la pesca.

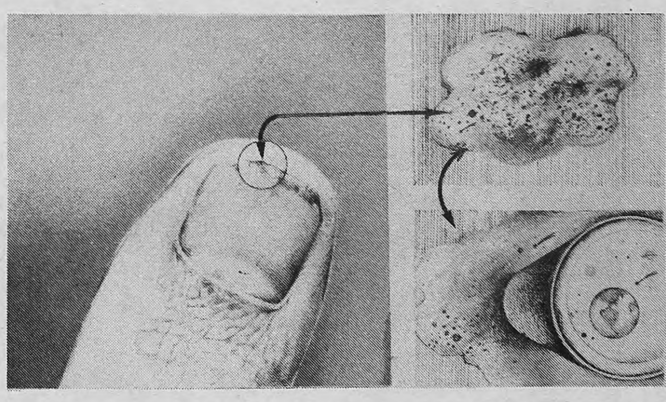
La noche es larga. Alberto, el solitario de la casa en el bosque, se alegra de poder hablar con su huésped. Poco a poco empiezan a surgir recuerdos del pasado, imágenes lejanas que se cruzan y se mezclan. El hombre del auto escucha atentamente y ayuda con alguna que otra pregunta. Alberto se acuerda de su casa en el barrio de Saavedra, en Buenos Aires; lo describe con tanta minucia, con ojos de niño próximos a las cosas, con palabras que acarician cada imagen. Y llevado por esa oscura corriente del pasado, lentamente, casi sin darse cuenta, habla de sus antepasados, del abuelo que alguna vez contó a sus nietos la miseria alucinante de su propia infancia en Italia. Todo desfila como una vieja linterna mágica: el tra-

realidad, cicatrices de la subconciencia. Crímenes, sentencias, ejecuciones... Un día el abuelo emigrará para escapar al infierno europeo. Y otro infierno estará esperando la hora de sus hijos.

–Ciao bambino.

El abuelo de Alberto viajó con centenares de emigrantes en el *Principessa Mafalda* que se incendió y hundió en los años veinte. A él le tocó sobrevivir y llegar a la Argentina, empezar una vida errante.

La casita del hornero/ tiene alcoba y tiene sala, dice el poema de Leopoldo Lugones. El hornero tiene nido, pero el inmigrante recorre los campos pampeanos en busca de trabajo para



bajo esclavizante, su propio destino en una villa de ricos donde sus habilidades lo convierten en una especie de bufón para las fiestas. Y a veces...

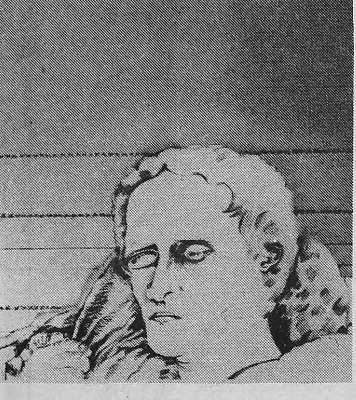
–¡Papá, Giovanni se robó una naranja en la cocina!

Y cosas que en aquel entonces se documentaban para solaz del público: uno de los hijos del propietario aparece ahorcado misteriosamente en un armario.

En la memoria de Alberto se mezclan las crónicas de la familia con sus propios recuerdos. Quizás está hablando de él mismo cuando imagina a uno de sus tíos abuelos perseguidos en Italia. Todas las épocas se confunden porque el destino de los hombres parece siempre el mismo. ¿Por qué su abuelo y sus hijos debieron rendir cuentas ante la justicia que defendía a los privilegiados? Alberto ha escuchado historias terribles que acaso son capítulos de folletines leídos en la infancia o pesadillas que reflejan la







levantar él también un techo que lo abrigue en esa soledad de espigas ajenas y de horizontes desnudos.

Un día encontrará trabajo como estibador, y hará venir a su novia desde Italia. Fundará una familia, el hornero tendrá por fin su nido en el barrio de Saavedra, y allí nacerá el padre de Alberto, allí nacerán él y sus hermanos.

–Me acuerdo tanto de la casa –le cuenta Alberto al huésped–. Mi abuelo alquilaba habitaciones a los provincianos que bajaban a Buenos Aires en busca de trabajo. Aquí vivía una correntina, en esta otra pieza una catamarqueña... Mirá, había un patio, claro, ahí jugábamos los chicos, se hacían fiestas, se tocaba el bandoneón. Yo crecí en la pieza de adelante con mis hermanos, me acuerdo que Juan le tenía un miedo bárbaro a los gatos.

–¿A los gatos? –dice el hombre del automóvil.

–Sí, fijáte que la casa estaba separada del suelo para que no hubiera tanta humedad, pero los pisos se iban rompiendo y los gatos se metían abajo, los gatitos crecían en la oscuridad y se ponían salvajes. A veces alguno salía y se trepaba a un armario o a una cama, y Juan se moría de miedo porque bufaban y sacaban las uñas. En esa casa pasaba de todo, había una correntina casada y con tres hijos, el cartero del barrio era su amante y cuando los chicos lo veíamos venir le cantábamos ese tango de Magaldi, ¿te acordás? Le cambiábamos la letra y le cantábamos: "Cartero suba y dígale a esa ingrata/ que aquí la espero, que no me voy..." Después nos tocó a nosotros empezar a enamorarnos, había una catamarqueña que tenía cuatro hijas, y Juan y yo tuvimos nuestra primera experiencia con la más chica, ella andaría por los doce años y nosotros un poco menos...

–Se crecía rápido en tu casa –dice el del automóvil.

–Como casi siempre entre los pobres –nos dice Alberto–. Y todo cambió también muy rápido. Un día yo estaba en casa de mi tía, que vivía cerca, y en eso empezaron los tiros por todos lados. Era el 4 de junio del año 43, el golpe militar del general Rawson. Tiraban contra la Escuela de Mecánicos de la Armada, y al rato había muertos y sangre por todos lados, un chofer de colectivo sin cabeza, una confusión terrible. Mi mamá mandó un muchacho a lo de mi tía para que no me dejara salir, pero entre que el muchacho era tartamudo y había una de tiros que para qué te cuento, mi tía no entendió y me dejó ir. Entonces, yo me escondí en el ombú.

–¿Qué ombú?

–Ah, ya vas a ver. Pero antes dejáme que te cuente de mi viejo.

Muchas cosas hizo el padre de Alberto, entre otras la de ser piloto profesional de carreras. Cuando corría en las provincias llevaba con él a toda la familia, la instalaba en una pensión y salía a ganarse unos pesos en competencia. Más tarde consiguió un trabajo fijo en Buenos Aires, los chicos fueron a la escuela, cayó la bomba atómica sobre Hiroshima.

– Los chicos queríamos saber qué era eso de la bomba de Hiroshima. Mi viejo solamente tenía el sexto grado, pero era un loco lindo y nos explicaba lo de la materia y los átomos, nos hablaba de un macro y un microcosmos, y decía que según la teoría de la relatividad, así como además de la Tierra había planetas y estrellas, también en la materia había astros, y en una de esas nuestro planeta no era más que un átomo en la mugre de la uña de un gigante, cosas así, te das cuenta. El viejo nos enloquecía con esas explicaciones, nos hacía sentir el misterio, y por eso el ombú...

–¿Otra vez el ombú?

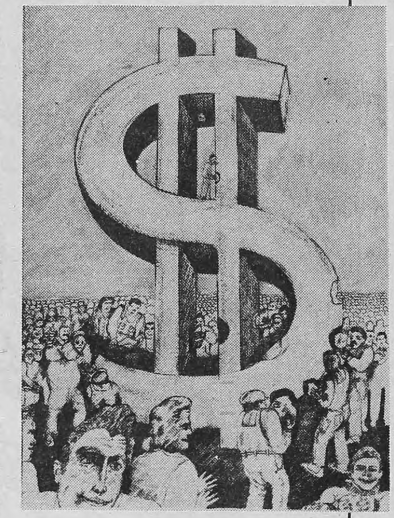
– Sí, el ombú y la casa. El ombú estaba en el deslinde de la Capital y la provincia, entre Saavedra y Vicente López. A partir del ombú se veían las grandes mansiones de los ricos, que nosotros los pibes pobres mirábamos desde lejos. Veíamos a los sirvientes, a los hijos de los bacanes andando en bicicleta por los parques, los mirábamos de lejos. Pero un día nos acercamos.

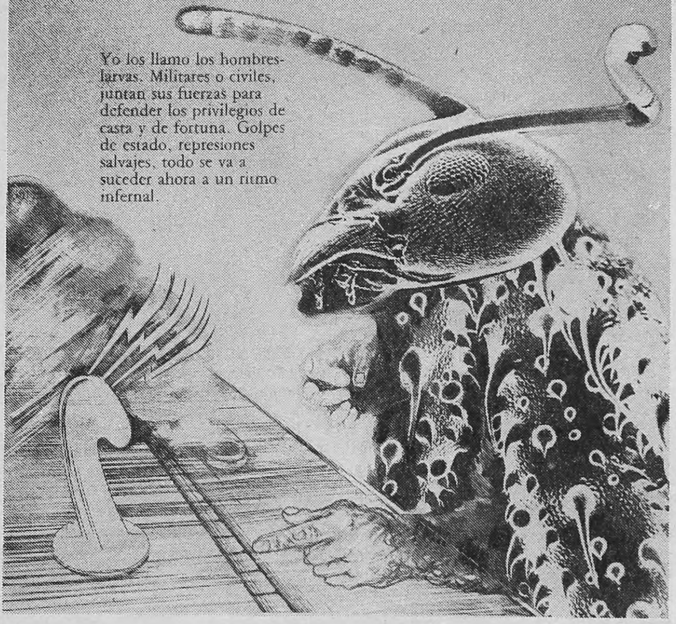
Desde la zona del ombú lindero, los chicos se acercan una noche a la "casa de Ugues". Tienen miedo porque los jardines les dan la impresión de albergar a la muerte, no saben por qué, pero tienen miedo. Saben que hay allí perros de policía, y han oído a los hijos de la familia que hablan de ellos, los pibes de Saavedra, como de "los negros de mierda".

– No sabíamos lo que pasaba en la casa pero nos imaginábamos a las tres hijas de los dueños, yo las veía a las tres iguales y me daban miedo, eran tan distintas a nosotros. Nos hubiera gustado poder entrar pero a la vez nos moríamos de susto, imaginarse lo de adentro era como una pesadilla, la cara del dueño, las tres hijas, los perros... Nos parecía ver a la madre, que se pasaba el día en la iglesia pero trataba a los latigazos a las sirvientitas, lo sabíamos. De las hijas se decía que "salían de noche", y por eso para nosotros eran como vampiros, les teníamos un miedo terrible, donde se mezclaba algo como deseo, verlas desnudas, qué sé yo...

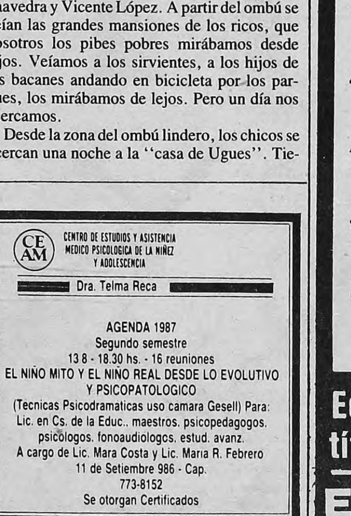
"Fue así como nos fuimos acercando al ombú aunque le tuviéramos terror a toda esa zona.

"La cosa empezó porque los pibes decían que en el ombú había un cóndor. La gente se reía, claro, pero ellos dale con el cóndor. Al final resultó que no estaban tan equivocados: no era un cóndor, sino un chajá, pero igual resultaba extraño en las puertas de la Capital. Una noche decidimos buscar el cóndor, yo le robé unos pesos a mi abuela y compramos una linterna. Al llegar vimos que alrededor del tronco había ladrillos, porque el ombú estaba al final del patio de una casa muy grande y de paredes muy espesas. Uno de los ladrillos estaba suelto; lo sacamos y vimos un túnel que parecía muy hondo. Era muy angosto y por eso mandamos al más chiquito adelante y otros dos lo siguieron con la linterna. Yo no sé lo que vio el pibe, volvieron y salieron como locos y muertos de miedo, y el más chico dijo que había visto el infierno. Te imaginás cómo salimos rajando. Tres días antes habíamos visto al colectivero sin cabeza y ahora esto...





"Pero mirá cómo son las cosas, el más chiquito decía que había visto un lago, hablaba de diablos que pasaban en barcas... ¿Y vos sabés cómo acabó ese pibe cuando creció y empezó a militar? Lo torturaron hasta matarlo en la Escuela de Mecánicos de la Armada, que estaba justo enfrente del campo del ombú. Con pocos años de diferencia, el pobre vio dos veces el mismo infierno, y además Leopoldo Marechal también lo vio en el mismo sitio...



–Son casualidades –dice el hombre del automóvil.

–Puede ser –dice Alberto–, pero esas casualidades, como vos las llamás, te jabonan el piso para siempre, hermano.

Los chicos crecen, la adolescencia en un barrio pobre es el sexo que fascina y atemoriza al mismo tiempo, es la admiración por los taitas de voz gruesa y de caras marcadas por la viruela, que se toman treinta ginebras por día, que tosen y van a las milongas, es un romanticismo de compensación, un manoteo de ahogado...

– Empezábamos a asomarnos a los bailes, nos planchábamos los pantalones en el patio, había que estar bacán, la raya perfecta, te das cuenta, la peinada, y sacarle las manchas al traje, el único traje, meta bencina para limpiarlo y después la milonga con la orquesta y los cantores, estaba Pugliese y se bailaba el tango, esa música nuestra que era siempre como una sublimación del dolor de los inmigrantes, los del extranjero y los de las provincias amontonados en Buenos Aires. Nosotros no podíamos darnos cuenta hasta qué punto esos bailes y esa música eran la imagen de una condición social alienada y explotada. Nos planchábamos los pantalones, íbamos al baile... Todo lo demás nos estaba esperando afuera. Y no tardó mucho.

"De golpe era el peronismo, algo que no tenía nada de revolución verdadera pero que a gente como nosotros nos daba una posibilidad de participar un poco más en lo que pasaba en el país. Había como una toma de identidad y una mayor justicia económica, la gente veía por fin algunos mangos más, aunque no se daba cuenta todavía de que una nueva camada de oportunistas estaba aprovechando lo del río revuelto y preparando una nueva etapa de dominación.

"Yo los llamo los hombres-larvas. Militares o civiles juntan sus fuerzas para defender los privilegios de casta y de fortuna. Golpes de Estado, represiones salvajes, todo se va a suceder ahora a un ritmo infernal:

–Mire, mi general, la ciudad tan tranquila y tan limpia. ¿Así da gusto, verdad?

–Sí, pero el problema está detrás de las ventanas, mi querido embajador.

–Avisá a los de la tornería. A las ocho, sin falta. (Otra vez, cesante, don Luis. Y a empezar de nuevo a mis años.)

–Los mataron por la espalda. Sabemos quiénes fueron.

–Si fueran más seguido a la iglesia habría menos problemas, ¿verdad, Muchinga?

Los grupos de resistencia deciden cerrar el paso a la horda de hombres-larvas.

–¿Qué seguridad tenemos de triunfar contra los hombres-larvas?

–Si no acabamos con ellos, acabaremos siendo como ellos.

Estamos en la década del cincuenta, después de la caída de Perón. Lo que el nuevo gobierno llama "revolución libertadora", el pueblo lo califica de "revolución exterminadora".

Guerrilleros entrenados secretamente empiezan a contraatacar a los hombres-larvas. En la ciudad y en los campos la resistencia se extiende y se hace sentir.

Combatientes solitarios o grupos armados ajustician a muchos de los verdugos que responden a los hombres-larvas. Logran inquietar y exasperar a las sucesivas dictaduras que oprimen al país.

Por eso la represión, sobre todo a partir de la década del 60, se cumple de una manera cada vez más violenta y horrible.

Torturas monstruosas se vuelven moneda corriente.

Muchos de ellos o sus padres habían llegado antaño a lo que creían tierra de promisión; ahora se ven obligados a emigrar, el exilio argentino crece cada día. Ya no será el *Principessa Mafalda* sino un avión que los llevará lejos, los dispersará en Europa, en el Caribe, en los Estados Unidos, cada uno con sus muertos en el corazón, con sus recuerdos, con sus esperanzas... Un exilio que está lejos de haber terminado, hermano, y desde el cual se lucha y se luchará contra el imperio de los hombres-larvas. ¿Nos tomamos otro vinito?

El narrador se calla. Sólo se escucha la lluvia en la soledad del litoral. Bruscamente un grito resuena muy cerca de la casa. Un paisano que enloqueció sale de noche y se lo escucha gritar como si llamara a alguien, como si pidiera una ayuda que nadie le puede ya dar. Le mataron a los hijos, y desde entonces anda así. Y no creas que es el único, hay muchos que se han vuelto locos por lo mismo.

–Bueno, a dormir. Mañana nos ocuparemos de tu coche.

–¿Dormiste bien?

–Sí, como un tronco.

– Yo no, soñé con mierda y con muertos que hablaban. Ya sabés, si se te da la ocasión, jugále al 71 y al 48, seguro que ganás. Bueno, voy a buscar agua para cebar unos mates.

A solas, el hombre del auto deja escapar una risotada y empieza a sacarse la máscara detrás de la cual asoma su verdadero rostro, el de un hombre-larva.

No es la primera vez que lo ha hecho, él y todos los que son como él se infiltran por todas partes, para espiar, traicionar, asesinar, a lo largo de la noche ha escuchado palabras que lo acusan y lo condenan, y los hombres-larvas no toleran ni la conciencia ni la protesta del pueblo. Alberto lo sabe al regresar a la casa.

–¿Pero vos entonces sos uno de ellos?

Los tiros llaman la atención de los pescadores que corren en defensa de Alberto y rodean la casa. Uno de ellos descubre al hombre-larva, y aunque éste tiene un arma infinitamente más poderosa, los cuchillos y los arpones son más fuertes que su pistola.

–¿Te das cuenta qué hijo de puta? Anoche lo vi cuando Alberto lo recibió en el rancho.

–Y ahora, ¿qué hacemos?

–En vez de preguntar eso tendrías que pensar en lo que ya hicimos.

–No se la llevó de arriba el desgraciado.

–¡Pobre Alberto! Lo que le hicimos a este tendríamos que hacérselo a todos. Habría que avisar a todo el mundo, reunirse...

–Se creía invencible y mirá.

–Todos ellos se creen invencibles. Pero nosotros podemos hacer esto de nuevo y muchas veces.

–No es tan fácil como soltar el perro del pobre Alberto.

–Claro que no es fácil. Por eso hay que hacerlo así, rompiendo la cadena.

–Vamos, hay que hacerlo desaparecer.

–¿Y Alberto?

–También. Pero nosotros no vamos a desaparecer.

–Claro que no, así no se puede seguir.

–¿Cómo, entonces?

El pescador tiene razón, así no se puede seguir. ¿Pero cómo hay que seguir? Esta historia continúa más allá del papel. Esta historia no es más que un pedacito de historia argentina. El resto está en manos de todo un pueblo.